This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

1902 Domínguez, Manuel, 1839-1919.
... Cartas al dr. dn. Cecilio Baez sobre Marcelino Menéndez y Pelayo.

[redacted]

G868.8 D712C 1902 LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
D712c
1902

920

MANUEL DOMÍNGUEZ

CARTAS al Dr. Dn. CECILIO BAEZ

SOBRE

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

(2ª EDICIÓN)

ASUNCIÓN

TALLERES NACIONALES DE H. KRAUS

1902.

Library
University of Texas
Austin, Texas

Al distinguido literato peruano, Sr. Don Cárlos Rey de Castro,

en testimonio de simpatía por su selecto espíritu —

MANUEL DOMÍNGUEZ.

Asunción, Marzo de 1902.

SEP 26 1950

E17430

I

Promesa al Dr. D. Cecilio Báez--Menéndez y Pelayo alaba y bendice la Inquisición—Es lícita la guerra por causas de religión - Maquiavelismo puro — Contradicción del autor —La decadencia del poder del Santo Oficio, lamentada por el mismo—El autor y Fernando de Castro y Llorente —A éste le trata de miserable—Id á Voltaire—Iniquidad aplaudida—Cómo aporrea á Sanz del Río y á su maestro Salmerón.

SR. DR. D. CECILIO BAEZ.

Mi distinguido amigo:

Dije á Vd. en cierta ocasión: «He leído casi todos los libros que ha producido Menéndez y Pelayo; me he tomado el trabajo de anotarlos y quiero decir á Vd. por escrito lo que opino del autor.»

Comienzo á cumplir esa promesa. Y á mi objeto voy, sin más trámite - derechamente.

He leído varios libros de Sainte Beuve y no sé su opinión religiosa. Leo cualquier libro ó discurso de Menéndez y Pelayo, y sé al instante que este escritor es católico cerrado, *neo* tremendo, pero de los más tremendos como Vd. verá. Se trata de uno de esos que como de Maistre, justifican la pena de muerte por la Biblia.

Un español, amigo mío, quiso negarme que Menéndez y Pelayo fuera partidario de la Inquisición.

—Imposible!—me dijo.

—*¡Imposible!* Vd. verá.

Y abriendo la pág. 232 del tomo I de *La Ciencia Española* (3ª edición),—lea Vd.—le dije.

Y leyó: «Soy católico á macha martillo. Soy católico, apostólico romano.....», lo cual no es pecado ciertamente; pero ahora viene lo curioso:

«Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI Y COMPRENDO, Y APLAUDO, Y HASTA BENDIGO LA INQUISICIÓN como fórmula del pensamiento de unidad que rige y gobierna la vida nacional.»

Luego abrí en la página 83, el tomo II de la misma obra, y leí:

«A consecuencia de la expulsión de los judíos había bajado considerablemente la balanza del comercio..... Caído el comercio, cayó la industria, ni había brazos para ella, porque lo esencial entonces, LO DIGO DE TODAS VERAS, NO ERA TEJER LIENZO, SINO MATAR HEREJES.»

Y aquí en la 3ª edición, hay una notita encantadora que dice:

«Tómese esto por expresión desenfadada y extremosa. Más cristiano es trabajar sin matar á nadie. LO CUAL NO ES CONDENAR LA LICITUD DE LAS GUERRAS POR CAUSAS DE RELIGIÓN.»

Vd. vé que sigue siendo *lícito*, perfectamente *lícito*, *de todas veras*, matar herejes y así la notita es inútil, como no sirva para remachar el clavo del texto.

Si alguno dijera en un periódico eso mismo que dice Menéndez y Pelayo en un libro, pasaría por un desequilibrado. Porque monstruosidad increíble fuera que un pueblo católico, ahora, en estos tiempos, fundado en «la licitud de las guerras por causas de religión», emprendiera campaña guerrera contra otro pueblo protestante. Menéndez y Pelayo ni siquiera considera tales guerras religiosas como un error ya pasado, pero ex-

plicable en otros siglos. Ayer, hoy y mañana, según él entiende, fué, es y será justísimo llevar por causas de religión la guerra á sangre y fuego contra protestantes y musulmanes.

Y entre paréntesis: la doctrina esa es maquiavelismo puro. Sentar que es lícito matar á un pobre diablo por sus creencias religiosas, es sostener que el fin justifica los medios; pero Menéndez y Pelayo en su discurso de entrada en la Academia de la Historia, gradúa de «trivial cuando no es inícua» la doctrina maquiavélica. Luego condena su propia manera de pensar.

Para notar estas cosas no precisa que seamos tan eruditos como él—

Que es inútil saber para esto arguyo
ni el griego ni el latin.

Sigamos.

A Manuel de la Revilla dijo: «opino que la verdadera civilización está dentro del Catolicismo», donde se vé que Alemania é Inglaterra, países no católicos, ó no tienen civilización ó la tienen falsa y postiza.

En el siglo XVIII la España siguió en decadencia. El descenso del coloso ha impresionado hasta á los escritores extranjeros. Macaulay dirigió á la España en decadencia la sublime interrogación de Milton:

¿DE DÓNDE HAS CAIDO LUCIFER, HIJO DE LA AURORA?

Menéndez y Pelayo, como es natural, llora también aquella caída del HIJO DE LA AURORA, de la España del siglo XVI, pero al hacerlo él se funda en una razón particularísima.

Nadie adivinaría esa razón. Mejor es que Don Marcelino la exprese: «porque el Santo Oficio, una de nuestras más españolas y castizas instituciones, siguió la universal decadencia» *(Ciencia Española*, tomo II, página 95.)

Pero en nuestro autor vamos á ver cosas mejores en que gastar la paciencia.

Su caridad es evangélica, tiene suavidad de nardo. Habla de Fernando de Castro, el autor de una *Historia General* que Vd. habrá leído en la biblioteca del Colegio Nacional. Este Castro dijo pestes del Santo Oficio, lo cual fué causa de que le excomulgara la Iglesia y bastante para que ante el autor de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, apareciera como un tizón del infierno. Escribe Menéndez y Pelayo:

«A su muerte (á la muerte de Castro) se escribió que Don Fernando estaba casado, pero sus testamentarios lo desmintieron. Por otra parte, *tratándose de un cura renegado, poco importa que fuera más ó ménos áspero el sendero* QUE ELIGIÓ PARA BAJAR Á LOS INFIERNOS.» (*Heterodoxos Españoles*—Tomo III, página 743.)

Es de repetirse lo que Boileau pregunta en *Le Lutrin:*

¿TANTA HIEL CABE EN ALMA DE DEVOTO?

Vd. sabe que Llorente escribió la conocidísima *Historia de la Inquisición.* Quien fué cocinero y luego fraile sabe lo que se pasa en la cocina y Llorente, antiguo secretario del Santo Oficio, supo al dedillo las cosas que acontecían en las cocinas del diabólico tribunal. Y le dió tal deseo de contarlas que las contó como las supo.

Cierta gente no le perdonó jamás esta *indiscreción* y menos debía de perdonarle Menéndez y Pelayo. Lea Vd. la rociada de improperios contra Llorente.

Llorente es *erudito indigesto, ocultador malicioso de documentos, abogado de torpísimas causas, dos veces renegado como español y como sacerdote, zampatorta sin escrúpulo, crítico pueril, miserable, mal intencionado, hipócrita, rastrero, de intención baja y servil, asalariado, vil empresario, adulador bajísimo, raposo, soez, escandaloso, infame, hidrófobo.*

Si Llorente, á lo que vemos, es un gran MISERABLE,

Voltaire no debía de ser mejor tratado en la *Historia de los Heterodoxos*. El por qué Vd. lo sabe y yo también.

Nuestro autor le atropella y descarga contra él otra fusilería de insultos. Los desenfados de José de Maistre contra Voltaire, son niñerías, comparados con la carga cerrada de Menéndez y Pelayo. *Es hombre bajo y ruin, símbolo y encarnación del espíritu del mal, entendimiento mediano* (¡!), *incapaz de enlazar ideas, depravado: inspira indignación y lástima; es envidioso; manchó con su aliento las cosas humanas y divinas*.

Estos insultos están en letras de molde en las primeras páginas del tercer tomo de la *Historia de los Heterodoxos*.

Vd. sabe que en España á Castelar y á Sanz del Río les formaron expedientes y les quitaron sus cátedras: al primero por sus doctrinas revolucionarias vertidas en *La Democracia* de Madrid y al segundo por el mismo delito que á Vd. casi le costó un proceso, quiero decir, por liberal y audaz en sus ideas anti-católicas.

Y bien: nuestro autor aplaude aquella iniquidad que dió lugar á otra mayor, á que la sangre de centenares de estudiantes manchase las calles de Madrid.

Se desata en injurias contra Sanz del Río, el autor de *La Analítica*. Aquí insulta y denigra, y allá se burla del mismo filósofo á quien Juan Valera consideraba «por su honradéz, su piedad, su entrañable amor á la virtud y á la ciencia, digno maestro de la juventud española» (1).

Don Nicolás Salmerón enseñó filosofía á Menéndez y Pelayo, pero el maestro era libre-pensador y por haber escrito un prólogo á una obra de Draper, ¡el

(1) Estudios Críticos: *Sobre la enseñanza de la filosofía en las Universidades.*

discípulo agradecido, de la manera más indigna, se mofa del maestro! Parece que un hombre de la talla de Salmerón por sus virtudes, por su inteligencia, por su saber, merecía respeto, no merecía las mofas de un discípulo ingrato.

Esta carta iba encaminada á probar dos cosas.

Es la primera que Menéndez y Pelayo, dando al traste con su eufemismo académico, insulta como cualquier escritor deslenguado, hasta llamar MISERABLE á quien no participa de sus creencias religiosas, insulta á su propio maestro, aparte de aplaudir iniquidades.

Y es la segunda, que dicho escritor es un fanático, furioso, á macha-martillo, que diría él.

Todo lo cual era preciso dar por evidente, probado por el mismo Menéndez y Pelayo, para lo que diré adelante.

II

Curioso criterio que preside á la «Historia de los Heterodoxos»: cosa jamás oída ni leída—Contradicciones—El matar á «gente oscura» no es delito—La Inquisición «coco de niños»—La expulsión de los judíos—Desacierto de Felipe II—La raza semítica.

El autor escribe la historia de los heterodoxos españoles.

Y teniendo en cuenta cuanto dije en mi anterior, se sospecha al instante que no ha de ser ni blando ni amoroso con los pobres herejes. Los dobla á palos.

¡Qué historia, pero sobre todo, qué criterio!

Comienza por declarar que su historia «será parcial en los principios é imparcial en cuanto á los hechos.» (*Historia de los Heterodoxos Españoles*—Tomo I, página 22)

Pongamos de resalto eso—*parcial en los principios é imparcial en los hechos.*

Hay que ser claro: Prómete no decir una cosa por otra. No negará, por ejemplo, que tales ó cuales Reyes establecieron la Inquisición en España; no negará la expulsión de los judíos; no negará lo que sabe todo el mundo, lo que es imposible negar, no negará la luz del sol. Pero juzgará, eso sí, los acontecimientos según *sus principios*, según los intereses de su partido religioso, según sus preocupaciones de sectario—*será parcial en los principios*—es cosa jamás oida ni leida. Advertido el lector, no le pedirá imparcialidad en sus

juicios, lo único que suele pedirse al historiador. Y digo *lo único*, por que ningún escritor tiene el derecho de cambiar *los hechos* ni de inventarlos á su sabor, como no sea novelista. Por accesorio y por sabido se calla que los hechos han de contarse como sucedieron y no de otro modo.

Pero el que en la *Historia de los Heterodoxos* se cree con el derecho de ser parcial en sus juicios. en su discurso de entrada en la Academia de la Historia tacha a Macaulay de haberlo sido en sus obras. Evidentemente le acusa del delito que él perpetró, del delito de que estaba convicto y confeso, maña mala que no sé cómo calificar.

Y en otro trabajo, en su contestación al discurso de entrada de Eduardo Hinojosa en la Academia de la Historia, dice: «la serena imparcialidad del juicio desinteresado es el único que en rigor puede llamarse histórico.» Esta «serena imparcialidad del juicio desinteresado» es lo contrario de la parcialidad en los principios que dice en los *Heterodoxos*. Luego, los juicios de los *Heterodoxos* no son históricos y están condenados por el mismo que los dió.

Sabemos ya lo que piensa del diabólico tribunal de la Inquisición. Hemos leído sus propias palabras. Es LÍCITO (no se olvide) quemar herejes, lo es *de todas veras*.

Y en la obra citada y en *La Ciencia Española* se empeña en demostrar que entre las víctimas carbonizadas por la Inquisición, no hubo sabios. Todos esos herejes eran *gente obscura*, apenas si valían para arder vivos en las llamas. Es la única justificación. Gracias á ese criterio, queda el lector informado de una cosa importante — y es que en la moral de Menéndez y Pelayo, vale más la vida de un sabio que la de la *gente obscura*. Matar á *gente obscura* no es delito grande ni chico.

La Inquisición de Sevilla quemó los huesos de un predicador hereje. Bien está, dice nuestro autor.

Library
University of Texas
Austin, Texas

Entre los procesados en España por el temible tribunal había gente como el Brocense, Carranza, Damian de Goez, que distaba de ser *obscura*. Para justificar su proceso hay que buscar otro criterio. Oiga Vd.:

«La Inquisición de Portugal *quemó á un judío que hacía sainete,* NO POR HACER SAINETE, SINO POR HABER JUDAIZADO. Procesó á Carranza, procesó á Damian de Goez, PERO NO PROCESÓ AL PRIMERO POR TEÓLOGO, NI AL SEGUNDO POR HUMANISTA. No procesó á Anastasio da Cunha POR MATEMÁTICO, SINO POR VOLTERIANO».

Piénsese en esta manera de explicar las cosas. Al sabio no se le hace arder por sabio y sí por otra causa. Del matemático se hace leña, no por matemático y sí por volteriano. Igual explicación darían Calvino y otros fanáticos: á Miguel Servet se le quemó, no por descubridor de la pequeña circulación y sí por haber escrito disparates contra la Santísima Trinidad.

Al sabio no se le quema por sabio, pero es lo cierto que se quema al sabio!!

Menéndez y Pelayo escribe que la Inquisición es «coco de niños y espantajo de bobos.» Los únicos no bobos, los únicos cuerdos, son los partidarios del Santo Oficio, según este sublime defensor de los derechos de la ciencia y de la libertad del pensamiento.

Y el recordar las *asaduras* aquellas tiene «por de mal gusto y por atrasado de moda.»

La gracia ateniense está en escribir historia *parcial* en los principios é imparcial en los hechos.

Y hay cierto aticismo picante en proclamar en estos tiempos «la licitud de las guerras por causas de religión.»

Para quien tanto se encariña con la Inquisición, lo de menos es justificar la expulsión de los judíos. Pone de embustero á los que creen que ese decreto de expulsión ocasionó la ruina de la industria y del comercio de España. Los que tal creencia sustentan no

617430

saben lo que se pescan. Prescott, Macaulay y otros, le hacen sonreir de lástima.

Él, solo él, solo Menéndez y Pelayo, escarba hondo y discurre de materia histórica con lucidez y acierto. Envenenados susurros, gerundiadas, ignorancia, mala fé, es cuanto se ha afirmado por los que con espíritu liberal escribieron de la historia de España.

Un solo desacierto cometió Felipe II.

Puede Vd, mi amigo Báez, teclear el cerebro pensando en ese desacierto. No ha de dar con él.

¡El desacierto estuvo en no haber el Felipe aquel expulsado á los 900.000 ó más moriscos y en haber dejado este trabajo á su hijo! (obra citada, tomo II, página 632.)

Es anti-semita furioso, á lo Drumont.

Califica de raza inferior á moros y judíos.

Algunos han dado en la manía de creer que la raza á que, según el criterio católico, perteneció Jesús, es inferior á las demás. Al fanatismo debe el Salvador del mundo este flaco servicio.

Vd. ha de haber leído la defensa que Macaulay hizo de los judíos.

Se lee dicha hermosa defensa en la colección de sus discursos parlamentarios.

Macaulay la pronunció en la Cámara de los Comunes con ocasión de una proposición de Roberto Grant para abolir las *inhabilidades civiles de los judíos.*

Aquello es todo meollo. No hay allí razones mal trabadas. Dicho discurso es como el diamante por su explendor y su contextura. Lo es (la comparación es ajena) por encerrar el mayor valor en el menor volúmen. He estado tentado algunas veces de enviar copias de él, á nuestros periódicos, para que le reproduzcan. Vale la pena, aunque aquí no haya anti-semitas. Vd. me perdonará una disgresión — quiero citar algunos párrafos.

Un diputado había afirmado lo que afirma Menén-

dez y Pelayo: que los judíos forman una raza vil, usurera, inferior á las otras razas. Y Macaulay contesta:

«Tàl ha sido en todo tiempo el razonamiento de los fanáticos. Siempre ha tratado de justificar la persecución con los vicios que la persecución engendra. Inglaterra ha sido para los judíos menos que media patria, y nosotros les acusamos de no sentir por Inglaterra mas que medio patriotismo. Los tratamos como esclavos, y nos sorprende que no nos miren como hermanos. Les obligamos á dedicarse á oficios viles, y luego les echamos en cara el no abrazar profesiones honrosas. Durante largo tiempo les prohibimos poseer tierras, y nos quejamos luego de que se dediquen al comercio. Les cerramos todos los caminos de la ambición, y luego los despreciamos por refugiarse en la avaricia. Por espacio de muchos siglos abusamos con ellos de la fuerza, y luego nos disgusta que hayan recurrido á aquella astucia que es la natural y única defensa de los débiles contra la violencia de los fuertes. Nada hay en el carácter judío que los incapacite para el cumplimiento de los altos deberes del ciudadano. En la infancia de la civilización, cuando las letras y las artes eran desconocidas todavía en Atenas, el pueblo judío tenía sus ciudades amuralladas y sus palacios de cedro, sus escuelas de sagrada enseñanza, sus grandes estadistas y soldados, sus historiadores y poetas. ¿Qué nación desplegó nunca mayor esfuerzo, luchando con inmensa desventaja, por su independencia y su religión? ¿Qué nación, en su postrera agonía, dió pruebas tan señaladas de cuanto una heróica desesperación puede hacer? Ábranse para ellos las puertas de la Cámara de los Comunes. Ábranse para ellos todas las carreras. Hasta que hayamos hecho esto, no podemos decir que no hay genio entre los compatriotas de Isaías, ni heroismo entre los descendientes de los Macabeos.»

Los que hayan leído íntegro este discurso y no tengan la vista obstruida por las telarañas del fanatismo, saben cómo tasar juicios como los de Menéndez y Pelayo.

No ha de ser muy despreciable la raza que en los tiempos modernos produjo filósofos como Spinosa á quien alguien ha llamado *el genio más sublime de la familia humana*, artistas como Rubestein, y la Rachel y Sarah Bernardh, poetas como Heine, políticos como Disraeli, eruditos como De Bona, estadistas como Gambetta y economistas como Ricardo y oradores como Castelar.

Disraeli preguntaba: ¿qué raza pasada ó presente puede producir hombres como la raza judía?

Eduardo Drumont, otro furioso fanático, aunque por distinto estilo que Menéndez y Pelayo, en su *Francia Judía* (que ha tenido 144 ediciones!) opina que todos los judíos son locos de atar.

En mi otra carta seguiré con el historiador de los herejes españoles.

III

Se empeña en disminuir el número de los sacrificados por la Inquisición: inconsecuencia—Carencia de espíritu generalizador—Consecuencias contrarias á su tésis—Los únicos sanos de entendimiento son los fanáticos La intolerancia de la Iglesia y la intolerancia de Calvino: ley del embudo —El autor y los economistas—El marqués de Pombal Carlos III—Los jesuítas en el Paraguay—Cómo tizna la memoria de sus compatriotas—Los jesuítas y las escuelas en el Paraguay—Lastimosa confusión de los «tapes» con los colonos del Rio de la Plata—Don José Agustín de Escudero—La última víctima de la Inquisición: cosas que calla el autor.

En la pág. 638 del primer tomo de su *Historia de los Heterodoxos*, disputa á Llorente el número de los sacrificados por el Santo Oficio. Se le ocurre que se vindica la Inquisición con disminuir el número de los herejes muertos ó atormentados.

Vd. nota la inconsecuencia. De ser *santa la guerra contra el hereje*, como cree nuestro Menéndez y Pelayo, dentro de este criterio conviene aumentar la cifra antes que disminuirla— á mayor número de víctimas correspondería mayor grado de santidad.

La carencia de espíritu generalizador, signo seguro de que piensa mal, le hace enredar en contradicciones y es causa de que se pueda sacar de sus palabras consecuencias contrarias á su tésis.

Pondré ejemplos.

Dice en una parte de su *Historia de los Heterodoxos:* «Ley forzosa del entendimiento en estado de salud es la intolerancia.» — Así los romanos del tiempo de Nerón, Domiciano, etc., fueron intolerantes con los cristianos—luego dichos romanos tenían salud de toro. Y el tolerante y dulce maestro, Jesús, que reprobaba el empleo de la fuerza, sería enfermo de la cabeza ó del entendimiento.

Añade: «Los pueblos, si en ellos no se ha extinguido el aliento viril, combaten por una idea, con la espada y la hoguera.» Apliquemos el aforismo.

El pueblo judío defendió la ley mosáica crucificando á Jesús y ello acusa virilidad y aliento en el pueblo deicida.

Roma combatió por el paganismo con la hoguera y es otra prueba de virilidad estupenda. Nerón, sobre todo, convirtiendo en mechas ardientes á los cristianos, es el *varón fuerte* de la Biblia.

Los chinos no pierden ocasión de *masacrar* á los misioneros y esas *masacres* no son crímenes, antes al contrario, son pruebas hermosas de admirable virilidad.

Y lo que se dice de los pueblos, ha de decirse de los indivíduos. Luego en Jesús y en los Apóstoles que emplearon, no la espada sino el ejemplo, no la hoguera sino la suave persuasión (en lo cual se diferencia la propaganda cristiana primitiva de la musulmana) no hubo nunca virilidad de aliento, que en nuestro caso significa entereza para sacrificarse por una idea.

Y según Menéndez y Pelayo los únicos sanos de alma son los fanáticos. Aquí están sus palabras: «La tolerancia es enfermedad y depende de eunuquismo de entendimiento.» En la *Ciencia Española* dice que Gumersindo Laverde tiene el defecto de ser tolerante. Conste que la tolerancia es cualidad detestable, es signo de enfermedad mental.

Y aguarde Vd. un rato; en su discurso de entrada en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, dice: «la tolerancia es TIMBRE de la escuela ecléctica.»

Ó yo no sé lo que es TIMBRE ó es cosa buena. Pero, de ser cosa buena, por arte del historiador lo que allá es malo, es aquí de perlas, es un TIMBRE, un título de gloria

Hay algo más en orden á lo que hemos visto.

«Noble y salvadora intolerancia!» exclama en la página 25 del tomo I de su *Historia de los Heterodoxos;* pero en el tomo II, pág. 305, estalla contra la intolerancia de Calvino, con ocasión del suplicio de Miguel Servet.

Consecuencia: la intolerancia es bella y dulce virtud cuando la ejerce la Iglesia Católica. Es crímen atroz, crímen negro, cuando la practican los protestantes.

Creo que á eso llaman *ley del embudo.*

Cuánta más cordura hay en esta frase de Niestche: «el instinto de la justicia se ha desarrollado con el tiempo: Calvino con Servet fué lógico (á su manera, según los tiempos) y lo fué la Inquisición con sus víctimas.» Pero no hay lógica en decir que la Inquisición hizo bien en *asar* á la gente, y mal Calvino en *asar* á Servet.

Todavía añade: «Para el economista ateo será siempre mayor criminal el contrabandista que el hereje.» Estoy viendo que Vd. parodia la frase así: para el fanático feroz más criminal es quien no abdica de su razón que el ladrón ó el asesino.

Y á propósito de economistas: nuestro autor los despelleja.

¿Sabe Vd. por qué? Porque es *parcial en sus principios.*

Economistas fueron los que barrenaron los privilejios de las *manos muertas,* de aquellas Corporaciones que, según el dicho de Cheruel, tenían las manos vivas para recibir y muertas para devolver. Economistas

fueron los que en España demostraron los males que se seguían de la paralización de la riqueza en esa forma.

Á Campomanes no perdona su *Tratado de la amortización.*

Le toca historiar la expulsión de los jesuítas. Por supuesto, que el marqués de Pombal, y Cárlos III, y el conde de Aranda quedan descuartizados.

Contra Pombal, sobre todo, por haber enviado un cargamento de jesuitas al Papa, desata su ira. Es *tirano satánico, tipo de excepcional perversidad.* Solo es comparable «á ciertos tiranuelos de América, v. gr., al doctor Francia, dictador del Paraguay.»

Vd. sabe que nada de eso es cierto.

Otra cosa y muy distinta fué el ilustre hombre de Estado, que con su energía y su talento, levantó por un momento la caída grandeza de Portugal.

El Conde de Aranda fué, según él, poco menos que un malvado.

Cárlos III siguió el ejemplo de Pombal, extrañando de sus dominios á 6,000 jesuítas. Y claro: el delito no debía de quedar inulto.

El Cárlos III de nuestra imaginación, el monarca ilustre que tantos bienes derramó en América y á quien tantos los debió España, en la *Historia de los Heterodoxos* es un desgraciado. Á lo más el autor concede que pudiera haber servido de *alcalde de barrio.* Los que hemos leído la *Historia de Cárlos III* por Ferrer del Río y el elogio de Jovellanos, sabemos la heregía en que incurre el historiador devoto.

En la pág. 124 del tomo tercero, trata del papel que los jesuítas desempeñaron en la historia del Paraguay.

Se acusó á los jesuítas falsamente, dice, «de agitadores del Paraguay, y de mantener en santa ignorancia á los indios de sus *reducciones* para conservar su dominio.»

Ignora que no hubo en el Paraguay revolución que

no encabezaran los jesuítas, é ignora de todo punto lo que se pasaba en las Misiones. El erudito juzga aquí de una historia que no conoce.

En otra parte afirma que los gobernantes, sucesores de los jesuítas en el gobierno de las Misiones, trajeron aquí «la depredación y la inmoralidad más cínica y desenfrenada.»

Esto dice de los honoratísimos gobernantes españoles que se sucedieron en el Paraguay después de la expulsión de la Compañía. Tizna por ese modo la memoria de sus mismos compatriotas por defender á los jesuítas.

Pretende apoyarse en la colección de documentos publicados por Francisco Javier de Bravo. Pero de la colección no se desprende tal cosa y sí que hubo, como era natural, desórdenes pasajeros después del extrañamiento de la orden. Es más: de la colección sale lo contrario de lo que quiere Menéndez y Pelayo.

Oiga Vd. más al historiador:

«Con la expulsión de los jesuítas fué de ruina en ruina la instrucción pública, en el Paraguay, en todas partes.»

Y las escuelas se fundaron de verdad después de la expulsión de los jesuítas! El Colegio Carolino y las escuelas se fundaron con los recursos que eran de la Orden. Antes de la expulsión de los jesuítas, en realidad no había escuelas. Pero los hubo después, según lo probé en una monografía sobre las *Escuelas en el Paraguay.*

Refiriéndose á la guerra guaranítica dice: «Dió calor á las murmuraciones contra los jesuítas la resistencia de los colonos del Río de la Plata á consentir en el tratado de límites entre España y Portugal.»

¡Los tapes, los indios de las Misiones, se confunden con los colonos del Río de la Plata! Parece increíble que nadie pudiese caer en tan lastimosa confusión.

Pedancio, mira si puede
Haber confusión igual.

Entre los pocos herejes á quienes trata con blandura Menéndez y Pelayo, figura un caballero á quien Vd. conoció muy mucho, por que fué Director de nuestro Colegio Nacional: hablo del mejicano y ex-sacerdote, José Agustín de Escudero. El historiador se contenta con decir que fué *católico viejo, en el mal sentido que se dá á esta palabra en Alemania,* en un párrafo que se lee en las páginas 786 y 787 del último tomo de sus *Heterodoxos.*

Para concluir: el criterio histórico de Menéndez y Pelayo es atróz: del vigor de su razonamiento se puede juzgar por las citas que hice.

Cuenta las cosas muy á su modo cuidando siempre de presentarlas por manera que no desdore el crédito moral de la Iglesia.

V. gr.: relata la muerte de la última víctima de la Inquisición, Cayetano Ripolt, ahorcado en Valencia en 1826, con cierta frialdad calculada, omitiendo detalles terribles de forma que esa muerte no cause indignación. Aquí ya no restalla el látigo de fuego con que castigó á Calvino. Es que el victimario es el Santo Oficio.

En veces, hace peor. No dice palabra de algún acontecimiento, que de ser *imparcial en los hechos,* debia de decirlo. Por ejemplo y como éste podría citar cien mil—calla el caso de aquel *auto de fé* celebrado en 1680 cuando el casamiento de Cárlos II con María Luisa (bonito modo de celebrar casamientos) en la plaza de Madrid, con ocasión del cual *auto* una bellísima joven judía, condenada á morir por hereje, dijo á la reina al pasar delante de ella: «Noble reina ¿no podeis salvarme? He mamado con la leche de mi madre mi religión; ¿debo morir por ello?»

Calla el caso de aquellos frailes endemoniados, que

cuando la reacción absolutista de 1823, « predicaban en España el exterminio de los liberales y de sus familias hasta la cuarta generación », según frase de Olózaga.

Calla aquel milagro de fanatismo por el cual en España se cerraron algunas universidades para abrirse en cambio escuelas de tauromaquia.

El hecho es histórico. El ministro Calomarde fué el autor de aquel *insolente sarcasmo*, que dijo Larra.

Calla la historia del *Angel Exterminador*, extraño nombre de un centro de ultramontanos asesinos.

Y así sucesivamente.

Concluyo. En mi otra carta trataré del crítico.

IV

¿Puede ser crítico el fanático?— Los grandes críticos son tolerantes— Menéndez y Pelayo somete su libro á la censura eclesiástica—Sus juicios literarios: la oratoria de Jaen; Pérez Galdós no vale nada desde que escribió «Gloria»; el autor canta la palinodia; elogios de mala ley; Juan Valera, poeta—Voltaire clásico y romántico: contradicción evidente —Injusticia—Schopenhauer partidario y enemigo del suicidio: contradicción é impostura—Libros que parecen «cisternas»—Diderot y Volney y Beaumarchais—La literatura francesa del siglo XVIII.

Si Vd. ha leído mis anteriores, tendrá ya barruntos del poco juicio del historiador de los herejes. Vamos á ver qué tal es el crítico.

Pero ¿puede ser crítico el fanático? ¿Puede serlo quien comienza por calificar de miserables á los escritores?—Me parece difícil que lo sea.

El crítico ha de estar limpio de toda preocupación, de estorbos que le impidan ver claro y pronto.

Cierto grado de excepticismo en política, en religión, vale decir de tolerancia, es condición de un juicio recto y sereno. Acaso nunca hubo uno que mereciera el nombre de crítico entre los que padecen del tétano del fanatismo. Á los grandes críticos modernos los concibo tolerantes, excépticos en cierto sentido. Taine, Sainte-Beuve, Arnold, lo fueron.

En España nadie más tolerante que Valera. Ni nadie lo fueron más que Larra y Revilla. Dicen que

Goethe era un crítico eminente y Vd. sabe lo que era Goethe en punto á tolerancia. ¿Y Renan?

¿Cómo ha de ser imparcial quien escribe libros y los somete al juicio y corrección de la Iglesia? Quien eso hace en estos tiempos no está en su juicio, y Menéndez y Pelayo hace eso con su *Historia de los Heterodoxos*. (V. última pág.)

Pero vamos á los juicios literarios.

En los *Heterodoxos* se leen, en orden á esto, pasajes deliciosos. El autor juzga á oradores, novelistas filósofos y poetas. Algunos de sus juicios Vd. los verá.

En un Congreso reunido allá por el año 1855, se discutió la libertad de cultos y en él habló un tal Jaen en contra de dicha libertad. «Su voz, dice Menéndez y Pelayo, parecía la voz de la Antigua España; sonaba vibrante y solemne como voz de campana.» El leyente cree que se trata de algún genio oratorio. ¡La voz de la antigua España hablaba por sus lábios y esa voz sonaba vibrante y solemne! Pero se encuentra con que la elocuencia del Jaen aquel consistió en decir: «Cuando oigo misa, cuando me acerco á los pies del confesor, que es mi médico espiritual, vuelvo siempre á mi casa con la alegría en el alma.»

Acaso se diga que en ese pasaje no hay juicio crítico. Veamos otros.

Nuestro autor va á tasar el valer de Pérez Galdós. Fijémonos en *Gloria*, una de sus más lindas novelas. Allí hay pasajes bellísimos. ¡Aquel Mortón en las orillas del mar, con la tormenta en el alma! No quiero amontonar citas porque á escape voy. Solo digo que en opinión de críticos de nota, es una de las mejores obras de Galdós. Pero el fanatismo religioso allí y en la *Familia de Leon Roch*, desempeña papel poco lucido y eso basta para que Menéndez y Pelayo levante piedra y palo contra Galdós: «*Es teólogo infeliz: arrojó su reputación literaria por la ventana;*

¡es dócil imitador!» El novelador desde que escribió *Gloria* se hundió literariamente hablando: así nuestro crítico hace bailar el agua delante de la Iglesia.

El hombre cantó después la palinodia en su contestación al discurso de entrada de Pérez Galdós en la Academia. Dijo entonces que aquello (lo apuntado arriba) no era su juicio literario y que ha de disculpársele porque *no está en un libro de estética sino en un libro de historia religiosa.*

Es decir, que en los libros de historia religiosa pasan censuras de mala ley.

Y elogios de mala ley también. Un ejemplo.

Vd. sabe que Juan Valera, el impecable prosista, es ave de corral como poeta. Pero Valera no ha roto los platos con la Iglesia, (bien que su catolicismo sea dudoso) y su amigo Pelayo le tiene por el *más clásico, el único verdaderamente clásico de los poetas españoles.*

Lea Vd. la composición que en sentir del crítico es *la más perfecta del más clásico* de los vates españoles. Se titula *El fuego divino,* y dice:

«De la inclinada fuente
En copioso raudal brotaste pura,
Alma luz refulgente:
Entónces con ternura
Latió fecundo el seno de natura,

Como la casta esposa
En medio de su dulce primavera,
Si en la entraña amorosa
La agitación primera
Del fruto ansiado de su amor sintiera.
....

(*Canciones y Romances*—VALERA.)

Por la muestra puede Vd. juzgar de la pieza entera. Los versitos esos serán *muy sábios*, pero á mí casi me hacen el efecto de la oratoria de Jaen.

Lo difícil es poner á Menéndez y Pelayo de acuerdo consigo mismo.

Hemos visto que para él Llorente era un *miserable* y Voltaire otro gran *miserable*. Pues bien: aparte de esto cuanto dice de Voltaire es un manantial de contradicciones. En una parte es *incapaz de enlazar ideas;* en otra tiene *prodigioso ingenio.*

En los *Heterodoxos* (pág. 77, tomo III) Voltaire no *acierta á separarse de las rígidas leyes penales de la Poética de Boileau.* En la *Historia de las Ideas Estéticas* (tomo III, vol. I, pág. 64), el mismo Voltaire dice que «las poéticas son leyes de tiranos, trabas y grillos, inútiles, falsas, que de nada sirven como no sea para detener á los hombres de genio en su marcha.»

Allá es clásico cerrado; aquí romántico ó poco menos.

En lo demás Pelayo es consecuente. Así el Voltaire de los *Heterodoxos* es un miserable y miserable, *de alma calcinada y corrompida,* sigue siendo en las *Ideas Estéticas.*

Nadie ignora que Voltaire no era un angel. Era hombre y tuvo buenas y malas cualidades Menéndez y Pelayo insiste sobre las últimas (sin venir á cuento) y las exagera. Presenta por el lado antipático al hombre y solo por este lado. Admitiendo sinceridad en el beato, le vienen como clavadas aquellas palabras de Rouseau: *Los más sinceros son veraces, á lo sumo, en lo que dicen, pero mienten en sus reticencias; lo que callan cambia de tal modo lo que finjen confesar, que diciendo una parte de la verdad no dicen nada,* Esta frase de las *Confesiones* me ha explicado la imposibilidad de ser *imparcial en los hechos* en siendo *parcial en los principios.*

Es injusto recordar los defectos de Voltaire,

su conducta en la Corte de Federico y su odio á Rouseau, y no decir que ese mismo Voltaire dotó á la nieta de Corneille, caída en la indigencia; que rehabilitó la memoria del infortunado Calas; que tronó contra el suplicio del caballero de La Barre; que salvó á los esposos Sieven y á la viuda de Monttbailly; que fué el amigo de los oprimidos y desgraciados, el vengador de la razón y del derecho.

De ese adulador de reyes, dijo M. J. Chénier:

Ah! de tous les mortels qui ne sont point esclaves,
Voltaire est le concitoyen.

Y Menéndez y Pelayo sostiene otra cosa bien extraña. Según él, desde que Voltaire atacó á la Iglesia se apagó la llama de su genio. Otros piensan que en Ferney, en donde pasó el último período de su vida, fué más grande que en parte alguna. Aparte de que muy temprano atacó Voltaire al cristianismo con su *Epitre á Uranie.*

Otro caso divertido es el de Schopenhauer. Atiéndame Vd. por favor, doctor Báez.

En los *Heterodoxos* «la doctrina pesimista, *por boca de Schopenhauer,* recomienda no solo la aniquilación sino el suicidio individual.» (Tomo III, pág. 25.)

Es una impostura manifiesta. Me tomo la licencia de calificar así. El filósofo de Francfort, á boca llena, condena el suicidio.

Pero el mismo Pelayo escribe en las *Ideas Estéticas:* «Schopenhauer dá sus razones para considerar el suicidio como un acto inútil é insensato» (tomo IV, volúmen I, pág. 466.)

Luego: Según los *Heterodoxos,* Schopenhauer es partidario del suicidio.

Pero según las *Ideas Estéticas,* Schopenhauer condena el suicidio.

Claro es que en los *Heterodoxos* afirmó lo que no sabía. Verdad es que en los libros de historia religiosa

es lícito mentir, (según él) acaso por lo mismo que es lícito desollar herejes (según él, también.)

Bajo la máscara del crítico está siempre oculto el historiador *parcial en sus principios.*

Quiere nuestro estético que cuantos se enemistaron con la Iglesia ó los jesuítas, sean buenos ó malos retóricos, pero retóricos al cabo.

Pascal y Voltaire lo son. Lord Byrón, Michelet, Víctor Hugo y Renan también. Y lo fueron Volney y Diderot. Esto aparte de que Pascal fué un *testaferro* y Renan un *hipócrita.*

El Juicio Imparcial de Campomanes y los libros de Flammarión y los versos de Petrarca son *cisternas, (Heterodoxos*, tomo III, pág. 743.)

De las obras de Volney y Diderot dice en su *Ciencia Epañola*, que «son lo más afrentoso en que se ha revolcado el entendimiento humano.»

Para ser corto, solo observo que Volney, el célebre profesor de la Escuela Normal, es uno de los fundadores de la crítica histórica. Brunetière, autoridad insospechable, por católico, escribe en uno de sus últimos libros: «En Alemania se reimprimen *Las Ruínas.* Es necesario reconocer en él (en Volney) á uno de los fundadores de la exégesis moderna y á uno de los renovadores de la filosofía.»

Los sábios alemanes no han de perder el tiempo en reimprimir *libros afrentosos.* Y Vd. nota el desgarro con que Pelayo trata á escritores muy brillantes. Volney, aparte de su talento literario, fué un eminente orientalista, un sabio, y Pelayo, bibliófilo á secas, estaba obligado á hablar de él sombrero en mano.

Cuanto á Diderot nuestro crítico en las *Ideas Estéticas* le elogia, siguiendo muy de cerca á Sainte-Beuve. olvidando que según *La Ciencia Española* había escrito libros que «son lo más afrentoso en que se ha revolcado el entendimiento humano.»

Dice de una de las obras maestras de Beaumarchais

que es «impertinente, chocarrera y desprovista de chiste.» Sainte-Beuve no opina así y Sainte-Beuve tuvo en sus manos el cetro de la crítica en Francia.

Vea Vd. otra muestra:

Habla de la literatura francesa del siglo XVIII. «Fué época (son sus palabras) de espantoso descenso literario.»

El absurdo no precisa comentario. Aún conviniendo (sobre esto hay una debatida cuestión) en que el siglo de Voltaire sea literariamente algo inferior al de Pascal, todavía es disparate de cuenta lo del *espantoso descenso.*

Pero Pelayo sabe cierto que los escritores del siglo XVIII eran unos condenados y ¡naturalmente! Montesquieu, Buffon, Rousseau, Voltaire, los dioses mayores y la pléyade de escritores de 2º orden y que fueran de 1er orden en cualquier otro país que en Francia, no valen nada: motivaron un *espantoso descenso* de las letras.

Un crítico inglés opina muy de otro modo. «La literatura francesa del siglo XVIII es una de las intervenciones más poderosas y penetrantes que hayan existido, la fuerza mayor de Europa en ese siglo.» *(La Crítica,*—Arnold.) La fuerza mayor de Europa en ese siglo! ¿A cuántas leguas estamos del *espantoso descenso?*

Evidentemente, el admirador de la oratoria de Jaen, sigue siendo *parcial en sus principios.*

Cuando el diablo reza, engañarte quiere.

He de mostrar á Vd. otros engaños.

V

Un defensor de los «Autos Sacramentales»—El Padre Félix, cstela —Un capitán, poeta místico—San Juan de la Cruz— Un poeta de la libertad aporreado—Echegaray sin sentido común—Núñez de Arce y su «Fray Martín»—El estudio sobre Macaulay es plagio puro—Lo que es Menèndez y Pelayo.

En las *Ideas Estéticas* nos habla del *encarnizamiento diabólico de los que atacaron lo sobrenatural,* de las *insinuaciones pérfidas de Renan, etc.,* todo lo cual suena pésimamente en una obra de Estética que no ha de ser libro de controversia.

Es curiosa la historia que nos cuenta de un tal Nipho, defensor de los *Autos Sacramentales.* Para Pelayo tiene un mérito: era *enemigo jurado de la impiedad y de los economistas.* Su admirador confiesa que era mal poeta, pero advierte al leyente que era *español á las derechas y cristiano viejo,* prueba de que el autor vive de esclusivas como el don Braulio de Larra. Pero ¿por qué no dejó entónces la historia del pobre Nipho para alguna historia de los castellanos viejos?

He mencionado los *Autos Sacramentales.* Conviene decir que Pelayo se declara en favor de esos dramas teológicos, ridículos á más no poder, en que *metafisiquean* la Trinidad, la Encarnación, la Esperanza para ensalzar *el adorable misterio de la Eucaristía* (es frase suya), dramas en que Calderón perdió su tiempo.

Se descuelga contra los ministros de Cárlos III que prohibieron la representación de los Autos. En su

sentir «no fueron absurdos porque fueron populares.» Como si los pueblos no pudieran tener aficiones absurdas.

El crítico que pone sobre su cabeza los *Autos Sacramentales* no podía ménos de admirar las conferencias sobre el arte, predicadas en Nuestra Señora de París por el P. Félix.

Ha de saber Vd. que el P. Félix era un jesuíta que publicó sus conferencias con el título de *El Progreso por medio del cristianismo.* En algunas de ellas tomó por su cuenta á Renan y á E. Pelletan, recibiendo del segundo una réplica virulenta en un capítulo de su libro *El Mundo marcha.*

El P. Félix, quien, lo diré de paso, compara la Revolución Francesa con Satanás, es autor de una teoría estética maravillosa: *Jusu-Cristo es el ideal del arte. La base del arte es el dogma de la creación.* Donde se vé que los no cristianos no pueden ser buenos artistas. Con este modo de ver, Homero sería un poeta infeliz.

Pues bien: Pelayo tiene por cosas del otro mundo tales cosas; no las refuta; las acepta sin observación.

¿Quiere Vd. otro ejemplo de su crítica?

Lea Vd. la pobre introducción que escribió á la versión castellana del *Intermezzo* de Heine. Compare Vd. esa famosa introducción con lo que del mismo Heine dice Mateo Arnold. Qué diferencia!

Creo haber citado ya su discurso de entrada en la Real Academia. Trata de la poesía mística.

Dos pasajes son notables.

Uno se refiere á un capitán llamado Francisco de Aldao, poeta místico.

Dicho capitanejo trata de la *inmersión del alma en Dios.* El tema es lindo y el místico cortacaras le desarrolla en verso.

Pelayo dice que sus comparaciones son *graciosísimas.*

Aquí están esas gracias:

«Y como el fuego saca y desencentra
Oloroso licor por alquitara
Del cuerpo de la rosa que en él entra,

Así destilará de la gran cara
Del mundo inmaterial, varia belleza;
Con el fuego de amor que la prepara.

Ojos, oidos, pies, manos y boca,
Hablando, obrando, andando, oyendo y viendo
Serán del mar de Dios, cubierta roca.»

Decididamente no nací para poeta místico: esos versitos me parecen insoportablemente malos.

El 2° pasaje es también curioso. En él se trata de otro místico, San Juan de la Cruz. Pelayo escribe en orden á este santo: «No es lícito dudar que el Espíritu Santo regía y gobernaba la pluma del escritor.»

Leamos los versos dictados por el Espíritu Santo á San Juan de la Cruz:

«Quedéme y olvídeme,
El rostro recliné sobre el amado,
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.»

Donde veo que el Espíritu Santo es desdichadísimo poeta.

El diablo parece que *regía y gobernaba* la pluma de Espronceda y á mí me gustan más los versos del diablo á *Jarifa* que los citados versos del Espíritu Santo.

En otra parte, Menéndez y Pelayo declara que las *Canciones Espirituales* del mismo San Juan de la Cruz infunden *religioso terror al tocarlas* y más adelante escribe la historia de «un alma que bebió el vino de la bodega del *Esposo*», (conviene saber que

el *Esposo* es Dios) y todavía asegura que «nuestro misticismo se *calienta* en el horno de la caridad»—modelos acabados de estilo mojigato.

Quintana, el poeta de la libertad, no encuentra favor en el despiadado juez de los libres pensadores.

Escandalizado Valera escribe: «Menéndez y Pelayo participa del santo aborrecimiento de los ultramontanos, clericales y moderados históricos á este poeta de la libertad, del progreso, de la civilización moderna, del espíritu de nuestro siglo» (1). Es que Quintana no bebió el vino de la bodega del Esposo, sino el vino, algo fuerte, de la bodega de la Revolución Francesa.

Se sabe que Echegaray, el gran dramaturgo, es heterodoxo declarado. Dió una vez en tronar contra la Inquisición, «contra el espantajo de bobos», en pleno Parlamento y, por este crimen, el gran crítico Menéndez y Pelayo, la sombra negra de herejes muertos y vivos, le castiga en sus dramas. Desde entonces Echegaray fué un bobo; no tiene sentido común; sólo escribe disparates pecaminosos y dramas monstruosamente desatinados, dramas sin pié ni cabeza como los escribiría un loco de Zaragoza: así consta en las últimas pájinas del tercer tomo de los *Heterodoxos*. Es lástima grande que Echegaray no hubiese *calentado su misticismo en el horno de la caridad,* antes de escribir su *Gran Galeoto.*

Núñez de Arce compuso la *Visión de Fray Martín.* Este *fray* Martín es Lutero y el esteta Menéndez y Pelayo asegura al poeta que con haber tomado por asunto al fraile endemoniado, tuvo infelíz inspiración.

Pero tengo que concluir y voy más á prisa.

En el tomo IV, vol. 2, pág. 92 de las *Ideas Estéticas,* se lee lo que dice de Macaulay.

Y,—lo digo porque puedo probarlo—ese estudio es

---

(1) Prólogo de Juan Valera, *al Horacio en España* de Menéndez y Pelayo.

plagio puro. El plagio está en las ideas. La obra desbalijada es la *Historia de la Literatura Inglesa* por Taine.

Dice Taine que la única filosofía de Macaulay era la de Bacon. Menéndez y Pelayo repite eso mismo.

Aquél escribe que el escritor inglés lleva siempre luz al espíritu. Este escribe igual.

Taine habla del caracter oratorio del espíritu de Macaulay. Pelayo dice lo propio.

El crítico francés afirma que Macaulay fué un escritor de partido, que su historia es un alegato. El académico español repite lo mismo. Y así de seguida.

Por lo que he leído veo que se trata de una costumbre vieja de Pelayo. Maneja gallardamente su idioma, pero en cuanto á originalidad, Dios le dé. Y aquí he de citar la frase de un escritor: «Poco importa expresarse uno bien, si sólo se expresan ideas vulgares». O ideas agenas y en el mismo orden en que otro las expresó.

Cuando nuestro autor piensa por su cuenta, se conoce en el acto, ó porque cae en deplorable contradicción ó porque nos sale con rasgos como aquello de la oratoria de Jaen.

No todos sus juicios pueden ser injustos ni apasionados por lo mismo que en ellos adopta por suyas opiniones agenas. A Leopardi, Lamartine, Alfredo de Musset y ciento más, los trata bien. Pero yo sé á quienes sigue en esos juicios, (cuando no lo declara él mismo) bien que prueba haber leído las obras de aquellos poetas. Es evidente también que Pelayo en sus últimos escritos, se muestra un tanto más justiciero.

Acaso se diga que no hay autor que no se contradiga y que no repita ideas agenas. A quienes así piensan yo les pediría que descubran esas contradicciones y esos plagios en autores como Sainte-Beuve ó Renan.

En conclusión ¿qué es Menéndez y Pelayo?

Procedo por eliminación.

Crítico? — No lo es. A lo ménos, crítico original. Ordena mal sus ideas. No sabe condensarlas. Llevo dicho que carece de espíritu generalizador. Pero su *Historia de las Ideas Estéticas* es un libro útil; aparte del esplendor de su estilo, se resume allí lo que no puede encontrarse en varias bibliotecas.

¿Filósofo? — Nadie que esté en su juicio ha de presentarle como tal.

Los Pidal y Mont y Nocedal no lo están cuando afirman tal cosa. En filosofía yo soy forastero, pero sostengo que quien piensa tan mal no ha de filosofar muy bien.

Su obrita titulada *Estudios Filosóficos* no revela al filósofo sino al consabido católico, á macha-martillo.

¿Poeta? — Ni hay que hablar.

¿Erudito? — Tengo para mí que Littré, cuya ciencia era inmensa, fué un erudito. En el sentido que lo fué el autor citado no puede serlo Menéndez y Pelayo. Este para mí es un gran bibliófilo, un gran conocedor de obras literarias y de teorías estéticas, muy distinto de los bibliófilos de lomos de libros, como hay casos.

¿Escritor? — Cómo nó. Fuera del «horno de la caridad» y «de la bodega del Esposo», es un modelo casi siempre, en el arte de bien decir, que ha de imitarse, acaso porque no es de los escritores de genio. Los genios, rebeldes y exéntricos, los más, rara vez valen como modelos. Pelayo es un espejo que reproduce ideas agenas. Tiene más memoria que talento. Cuando cree producir, *recuerda* (es opinión de Valera). No irradia con luz propia.

Nuestros compatriotas deben de leerle é imitar su dicción fácil y diserta, tersa y pura. Y deben desconfiar de sus ideas, sobre todo del apologista de la Inquisición. Sus juicios literarios han de aceptarse con

precaución: no han de inspirar fé en tanto que no los confirmen los grandes maestros de la crítica moderna, entre quienes él no puede figurar.

Así pienso de Menéndez y Pelayo y de sus obras.

De Vd. siempre amigo

MANUEL DOMÍNGUEZ

Asunción, Marzo del 99.

NOTA: A las cartas precedentes contestó el doctor Báez con otra que publicó esta misma *Revista* (núm. 21) con el título de *Estudios sobre la Historia de España.*

ÍNDICE

Página

DEDICATORIA 3

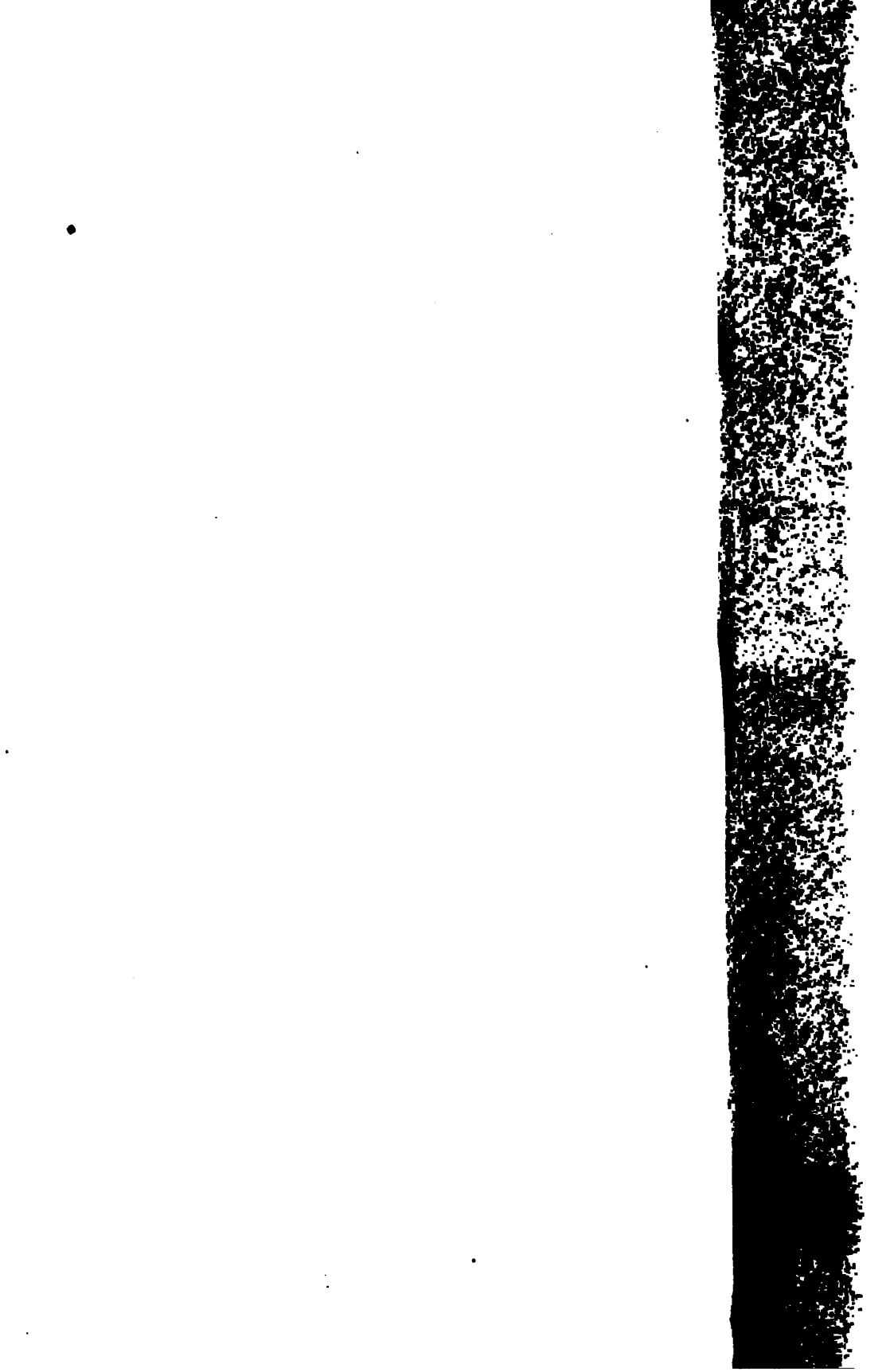
I.—Promesa al Dr. D. Cecilio Báez—Menéndez y Pelayo alaba y bendice la Inquisición—Es lícita la guerra por causas de religión—Maquiavelismo puro—Contradicción del autor—La decadencia del poder del Santo Oficio, lamentada por el mismo—El autor y Fernando de Castro y Llorente—A éste le trata de miserable—Id. á Voltaire—Iniquidad aplaudida—Cómo aporrea á Sanz del Rio y á su maestro Salmerón 5

II.—Curioso criterio que preside á la «Historia de los Heterodoxos»: cosa jamás oída ni leída—Contradiciones— El matar á «jente obscura» no es delito—La Inquisición «coco de niños»—La expulsión de los judíos—Desacierto de Felipe II—La raza semítica . . . 11

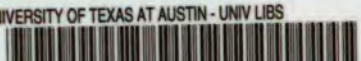
III.—Se empeña en disminuir el número de los sacrificados por la Inquisición: inconsecuencia—Carencia de espíritu generalizador—Consecuencias contrarias á su tésis—Los únicos sanos de entendimiento son los fanáticos—La intolerancia de la Iglesia y la intolerancia de Calvino: ley del embudo—El autor y los economistas—El marqués de Pombal—Carlos III—Los jesuitas en el Paraguay—Cómo tizna la memoria de sus compatriotas—Los jesuítas y las escuelas en el Paraguay—Lastimosa confusión de los «tapes» con los colonos del Rio de la Plata—Don José Agustin de Escudero—La última víctima de la Inquisición: cosas que calla el autor. 17

IV.—¿Puede ser crítico el fanático?—Los grandes críticos son tolerantes—Menéndez y Pelayo somete su libro á la censura eclesiástica—Sus juicios literarios: la oratoria de Jaen; Pérez Galdós no vale nada desde que escribió «Gloria»; el autor canta la palinodia; elogios de mala ley; Juan Valera, poeta—Voltaire clásico y romántico: contradicción evidente — Injusticia — Schopenhauer partidario y enemigo del suicidio: contradicción é impostura—Libros que parecen «cisternas»—Diderot y Volney y Beaumarchais—La literatura francesa del siglo XVIII 24

V.—Un defensor de los «Autos Sacramentales»—El Padre Félix, esteta—Un capitán, poeta místico—San Juan de la Cruz—Un poeta de la libertad aporreado—Echegaray sin sentido común—Núñez de Arce y su «Fray Martin»—El estudio sobre Macaulay es plagio puro—Lo que es Menéndez y Pelayo. 31



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3024533522

0 5917 3024533522